



La oración de los agentes de pastoral

Marije Goikoetxea

INTRODUCCIÓN

Es posible contactar con Dios

Quiero comenzar esta reflexión sobre la oración del agente de pastoral con un texto de Dolores Aleixandre:

«Cuenta una vieja historia de la Biblia que una noche Jacob se echó a dormir en medio del campo. Como de costumbre iba huyendo, en este caso de su hermano Esaú que lo perseguía a causa del contencioso "lentejas por primogenitura" que los interesados pueden leer en Gen 25,29-34. El caso es que Jacob se pasaba la vida escapando y casi sólo cuando era de noche y se echaba a dormir, podía Dios alcanzarlo. Aquella noche soñó con una escalera que, plantada en la tierra, llegaba hasta el cielo y por la que subían y bajaban ángeles. Jacob se despertó lleno de estupor y llamó a aquel lugar "morada de Dios" (Gen 28,10-22). Mucho tiempo después lo encontramos diciendo: "Soy yo demasiado pequeño para toda la misericordia y fidelidad que el Señor ha tenido conmigo... - (Gen 32,11): un hombre de "lo útil" había comprendido el valor de "lo inútil"».

Al releer hoy esa historia podemos quedarnos tan estupefactos como Jacob ante la noticia que la narración nos comunica: el mundo de Dios y el nuestro están en contacto, la escalera de la comunicación con él está siempre a nuestro alcance, existen caminos de acceso a Dios y posibilidad de encontrarlo y de acoger sus visitas,

Otra narración pintoresca del Antiguo Testamento nos cuenta que un tal Jonás, de profesión profeta, había puesto también los pies en polvorosa para escapar de Dios que quería enviarlo a anunciar salvación a Nínive. Pero Jonás, como buen israelita, abominaba a los ninivitas que eran gentuza pagana y no estaba por la labor de colaborar con Dios en el disparate de convertirlos. Así que, en vez de tomar el camino de Nínive, se embarcó en dirección contraria, rumbo a Tarsis. Pero Jonás no contaba con la terquedad de Dios ni con la gimkana de obstáculos que iba a encontrar en su huida: hay una tempestad, los marineros le tiran al mar y se lo traga un inmenso pez. Y mira por donde, a Jonás el fugitivo no se le ocurre mejor cosa que hacer en el vientre del pez que ponerse a rezar.

Y cada uno de nosotros podría concluir acertadamente: "pues si alguien, a pesar de querer escapar de Dios termina orando en una situación semejante, quiere decir que cualquiera de los momentos que yo vivo, por extraños que resulten, nunca serán tan insólitos como el interior de una ballena, así que, por lo visto, todos y cada uno de los lugares y situaciones en que me encuentre son lugares aptos y a propósito para contactar con Dios."

Y una deduce: la cosa no puede ser tan difícil, muchos otros antes que yo intentaron eso comunicarse con Dios y lo consiguieron fuera cual fuera su situación. De hecho es la situación concreta de cada uno la que hay que concienciar, nombrar, acoger, tocar, y extender ante Dios. Y darnos tiempo para hacer la experiencia (otros muchos la hicieron antes que nosotros), de que sabe mejor que nadie apreciar lo que vivimos, valorarlo, acariciarlo, admirar el amor profundo que encierra y hasta remendar sus rotos".¹

La experiencia de la gracia en nuestra vida

Si bien es cierto que creemos que es posible contactar y comunicarnos con Dios en la propia realidad de nuestra vida, no podemos negar que la oración es un encuentro muy especial. Por lo pronto, una pregunta surge de inmediato ¿qué hago yo hablando con alguien a quién no veo, que no articula palabra, que no contesta, y del que no sé si me oye?. Pero además pretendo en mi oración oír la propuesta de Dios para mi vida porque creo que es la propuesta que me va a hacer más plena y feliz. El asunto, es cuanto menos problemático, porque evidentemente, la línea que separa la oración de la pura fantasía y ésta de la alucinación visual o auditiva puede quedar desdibujada.

Es cierto que nunca podemos tener certeza plena de que la experiencia, la llamada, la vivencia que he tenido en un rato de oración sea auténticamente de Dios y no una imaginación mía que parte de mi propia necesidad o debilidad.

Sin embargo tiene que haber algún modo para diferenciar a un loco de un orante. Jesús en el evangelio de Juan nos dice que la diferencia está en los resultados, quien permanece en mí (en mi presencia) da muchos frutos" o dicho de otro modo "por sus frutos los conoceréis"

Podemos preguntarnos sinceramente con el teólogo K. Rahner ¿He tenido alguna vez de verás la experiencia de la gracia, la experiencia de Dios?; y si es así ¿cómo puedo identificarla?. Su respuesta es la siguiente: "si alguna vez hemos perdonado en silencio y sin esperar recompensa alguna; si en algún momento hemos sido buenos con alguien sin esperar ser correspondidos; si un día hemos decidido algo en la soledad más absoluta y guiados por el dictamen más íntimo de nuestra conciencia; si nos hemos sacrificado por alguien sin esperar su agradecimiento; si hemos intentado amar a Dios cuando no nos empuja una oleada de entusiasmo; si vivimos con serenidad el vivir, diario, amargo, decepcionante y aniquilador; si el caer se convierte en un verdadero estar de pie; si ensayamos nuestra muerte e intentamos vivir como desearíamos morir: tranquilos y en paz... entonces podemos decir que hemos tenido experiencia de Dios, que su presencia nos ha visitado, que hemos experimentado su espíritu. Todo lo demás, por muy sublime, espiritual y místico que nos parezca, es secundario."²

¹ Aleixandre, D. : Aprender a contactar con Dios; En 14 APRENDIZAJE S VITALES; Carlos Alemany (Ed.) DDB Bilbao, 1998; 184-198; Col. Serendipity Maior

² Rahner, K. "sobre la experiencia de la gracia" en Escritos de Teología III, Taurus, Madrid, 1967, 103-107.

Oración: encuentro de amor que transforma

La oración puede expresarse de muchos modos y maneras: personal, comunitaria, privada u oficial, silenciosa, mental, vocal, gestual, meditativa o de contemplación, de petición o de gratitud, de alabanza, de acción de gracias o como confesión de fe. Como bien ha expresado, J Martín Velasco, la raíz común de todas ellas es la conciencia (el darnos cuenta) por nosotros de la presencia de Dios y la acogida de esa presencia.³

Para los creyentes en el Dios de Jesús la oración, el encuentro con Dios es una cita de amor porque creemos en un Dios personal y que crea, salva y actúa por Amor. Desde el centro de nosotros acogemos la presencia amorosa de Dios y nos mantenemos en esa presencia desde el hambre y el deseo de Dios en nuestra o para nuestra vida. Decidimos hacer oración porque deseamos situar toda nuestra vida en y desde Dios, bajo el sol de su amor transformador.

La finalidad de la oración es permanecer, por la fe y por el amor, en presencia de Dios para dejarnos trabajar por Él y así transformarnos. Si eso ocurre lo notaremos en nuestros frutos en nuestro modo de vivir sereno y gratuito, liberado y liberador.

1. ¿QUIÉN ORA?

Un enviado a sanar y salvar (el agente de Pastoral de la salud)

Como hemos dicho, cada uno de nosotros oramos desde la situación que vivimos, desde lo que somos, intentando poner toda nuestra vida bajo el sol, bajo la presencia de Dios para que él la transforme con su amor.

Pero ahora vamos a centrarnos en una dimensión que no es la única de nuestra vida, que es la que hoy nos ha convocado aquí, el identificarnos como agentes de pastoral de la salud. Nosotros en esa dimensión somos unos enviados de Jesús en la Iglesia para continuar su misión de sanar y salvar.⁴

Nuestra oración como agentes de pastoral de la salud es:

- *la experiencia del encuentro del apóstol con el maestro*: percibimos su envío; recibimos su espíritu para la misión (El Espíritu del Señor está sobre mí, porque el me ha ungido...); reconocemos nuestras capacidades y límites, los entusiasmos y los miedos; asumimos la tarea, nos ofrecemos y nos comprometemos con ella ante Dios

- *la conciencia de la presencia de Dios en la propia tarea de sanar*, el reconocimiento del rostro del Señor en los hermanos enfermos, la vivencia de su Espíritu en nuestra propia actuación, el descubrimiento de su amor en los profesionales comprometidos con los enfermos; el descubrimiento de que somos su cuerpo, su presencia, sus manos y sus pies en el mundo del sufrimiento.

- *la posibilidad de experimentar el amor de Dios*: de descansar en sus manos tras el duro trabajo y el frecuente fracaso, de sentirme recreada como hija/o, de renovar el deseo de vivirme hermana/o de todo el que se encuentra oprimido por el dolor de la enfermedad y vive sin sentido y dignidad.

Un nosotros solidario que sufre y espera

Pero no oramos solos y aislados; cada una y cada uno somos con otros y ante otros "tus"; es más, somos parte de un nosotros, de una unidad superior que nos integra y

³ Martín Velasco, J: Oración de petición acción de gracias en las religiones; Concilium 26 (1990) 357-370.

⁴ Hermanas Hospitalarias del sagrado Corazón de Jesús. Pastoral en el mundo del sufrimiento psíquico. Roma, 2000.

que nos trasciende. Los creyentes formamos parte de un nosotros muy significativo, del pueblo de Dios, de la comunidad de Jesús, de su Iglesia.

Cuando actuamos como agentes de pastoral, en nosotros actúa toda la comunidad eclesial que quiere llevar la buena noticia, la salvación, la salud de Dios a los enfermos. Somos enviados por Jesús en la Iglesia, en un nosotros que radica en compartir un mismo Padre. Y cuando oramos, cuando ponemos nuestra experiencia vivida ante Dios para dejarla transformar por El, es un nosotros solidario que comparte el dolor, que cae en la desesperación que anhela vida y salud, quien recibe la gracia de la esperanza, el sentido de la liberación del sufrimiento. En nosotros ora Lourdes, Araceli, Ma Cruz, Francisco, Julián, sus familiares... nosotros, la comunidad eclesial buscando y anhelando sentido y plenitud.

El Espíritu y la humanidad en nosotros

Pero además cada una de nosotras está habitada/o, desde la creación por el Espíritu de Dios. Como apóstoles de la salud hemos sido enviadas tras recibir "Espíritu Santo". Recibir Espíritu Santo nos dice Jesús, a quienes perdonéis los pecados Podemos estar atentos a su presencia o no prestarle atención alguna, podemos libremente acoger su acción o rechazarla, pero el Espíritu de Dios está siempre ahí, como dador de vida en cada persona. "El amor que Dios nos tiene inunda nuestros corazones, por el Espíritu Santo que nos ha sido dado" (Rm 5,5). Para orar bien hemos de escuchar dentro de nosotros mismos al Espíritu de Jesús orando al Padre: Dios envió a vuestro interior el Espíritu de su Hijo, que grita Abba, Padre" (Ga 4,6). La oración no es tanto cuestión de conocimiento y técnicas como de escucha y de atención interior a este Espíritu que nos atrae hacia Dios. Esto es lo primero que hemos de aprender: "Orad movidos por el Espíritu Santo y manteneos así en el amor de Dios" (Jds 20-21).

Nosotros no sabemos orar bien. Nos falta experiencia, caemos en la rutina. Es el Espíritu el que puede orientar y transformar nuestra oración. "El Espíritu acude en auxilio de nuestra debilidad: nosotros no sabemos, a ciencia cierta, lo que debemos pedir, pero el Espíritu en persona intercede por nosotros con gemidos, sin palabra" (Rm 8,26). El nos ayuda a descubrir que Dios está en nosotros. Gracias al Espíritu que nos dio, conocemos que Dios está con nosotros" (1 In 3,24). Él nos enseña poco a poco la verdad de Dios. Nos permite acoger e interiorizar su Palabra. "El Espíritu de la verdad os irá guiando en la verdad toda" (Jn 16,13).

2. ¿A QUIÉN ORAMOS?⁵

A un Dios creador que nos habita y plenifica

Después dijo Dios "Hagamos al ser humano a nuestra imagen, según nuestra propia semejanza Domine sobre los peces del mar, sobre(..) 'Dios creó al ser humano a su imagen, a imagen de Dios lo creó, macho y hembra los creó (Gn 1,26-27). Entonces Yahvé Dios formó al ser humano del polvo de la tierra, le insufló en sus narices su aliento de vida y así llegó a ser un ser viviente. (Gn 2,7)

En el comienzo Dios se expresa como creador que habla, que se comunica, que llama a las cosas a ser. La creación, es pues, el inicio de un diálogo, un diálogo que se da en una relación de amor y fidelidad. El mundo, la historia, la historia de la humanidad y mi propia historia, no es un producto azaroso de causas y efectos, sino la iniciativa de un ser personal, dialogal, que piensa, quiere y llama a sus criaturas a ser.

⁵ Comunidades cristianas Fe y Justicia. Retiro de Oración. Bilbao 2000.

En la creación los seres humanos somos llamados a ser "imágenes de Dios", representantes suyos, presencia suya, seres de su raza, raza de Dios porque su presencia, la presencia de su Espíritu está en nosotros desde el comienzo, porque Dios ha puesto en mí, en cada uno de nosotros su "infinitud", su soplo divino.

Por eso la oración consiste fundamentalmente en expresar lo que soy, no en lo que hago o digo. La experiencia de oración de encuentro con Dios tiene que ver con el descubrimiento fundamental de que he sido creado como relación, que estoy habitado/a por su Espíritu y que el que me habita me ama y quiere inundar mi ser y mi hacer. En la pobre desnudez de nuestro ser finito, limitado, una palabra nos constituye, nos hace existir y existimos.⁶ Esa palabra, el Espíritu de Dios que habita en nosotros es la que quiere preñar todo lo que pienso, siento, hago, digo, quiero, espero, transmito,... de modo que sea de verdad testigo de la oración que soy, portadores de Buena noticia, portadores de salvación y salud en el mundo de la enfermedad.

A un Dios seno materno que nos hace hijas/os y hermanos/as

"Aunque mi padre y mi madre me abandonen, el Señor me acogerá" (Sal 27, 10).

Decía Sión: 'Me ha abandonado el Señor, mi dueño me ha olvidado'. "¿Puede una madre olvidarse de su criatura, dejar de querer al hijo de sus entrañas? Pues aunque ella se olvide, yo no te olvidaré." (Is 49, 14-15).

"Como un niño a quien su madre consuela, así os consolaré yo. (Is 66, 13)

"¡Si es mi hijo querido, Efraín, mi niño, mi encanto! Cada vez que le reprendo me acuerdo de ello, se me conmueven las entrañas y cedo a la compasión" (Jer 31, 20).

La faceta divina que se quiere expresar en estos textos a partir de la metáfora del amor materno con el que se identifica a Dios abarca la implicación de Dios con su creación, a la que "ha gestado" y su compromiso con su mantenimiento, crecimiento y sustento. Hablar de Dios como madre supone la convicción de que Él/Ella, que nos ha traído a la existencia, desea nuestro crecimiento y nuestra plenitud y está implicado activamente en ello.

Las representaciones imaginarias no se limitan a hablar de la paternidad de Dios, sino que, a la hora de expresar su experiencia de cómo es ese Dios por el que se sienten acogidos e inexplicablemente queridos, recurren a un adjetivo verbal sumamente significativo, *raham*, que proviene de la misma raíz que se emplea para decir útero, seno materno, y cuya mejor traducción al castellano sería "entrañable".

Por eso en nuestra oración podemos sentirnos en el seno de Dios, dentro de su ámbito. Vivo en él, en él me muevo, en él tengo mi sitio, mi espacio, mi hueco... Estoy en él, soy en él, permanezco en él. Le siento como seno materno, como regazo, como pozo y cuenco de vida y calor... Me siento como hija, como hijo amado en el vientre de su madre. Acojo y gozo esta experiencia, esta situación. Es desde esa experiencia desde la que me siento llamada a crecer como persona siguiendo la misión de Jesús, es esa experiencia la que transmito a la enferma que se siente abandonada, al enfermo que no soporta la soledad y el aislamiento de estar hospitalizado... la experiencia de vivir y existir en el seno materno de Dios.

Otra característica del amor materno es su gratuidad, su incomprensible capacidad de no necesitar cualidades ni méritos para amar, y de cuidar de los hijos menores, o enfermos o limitados, con más solicitud que a los fuertes. Una madre prefiere al hijo pequeño hasta que crezca, al que está enfermo hasta que se cure. Nuestro Dios, el Dios que contacta con nosotros en la oración es un Dios que pretende amar, cuidar,

⁶ García - Monge, J.A. Unificación personal y experiencia cristiana. Vivir y orar con la sabiduría del corazón. Sal Terrae, 2001., 178 -180

sanar, proteger. Un Dios que de ese modo se define y se expresa al mundo y a cada uno de nosotros.

A un Dios tienda de refugio que nos hace acogedores y hospitalarios/os

La enfermedad y la experiencia de compartir el sufrimiento de los otros se convierte innumerables veces en un duro desierto en el que vivir. El desierto y sus asechanzas de hambre, sed o muerte acechan a todo en el que en el vive o malvive. Encontrar, en medio de la huida o del peligro, a alguien dispuesto a recibir a un fugitivo, hace de esa hospitalidad la única posibilidad de conservar la vida. En medio de una cultura nómada, la hospitalidad ocupa un lugar central.

Cuando el orante se encuentra rodeado de tinieblas, de jaurías de perros que muerden y causan heridas, se vuelve a su Dios expresando su confianza. Al sentirse cercado, asediado y atenazado por el miedo, busca ocultarse en el recinto escondido y protegido, en la "tienda del encuentro" y exclama como Israel en el desierto:

"¡Que sea yo huésped de tu tienda, y me acoja al amparo de tus alas!" (Sal 61,5).

"¡Escucha, oh Dios, mi clamor, atiende mi súplica! Desde el confín de la tierra te invoco con el corazón desfallecido. Condúceme a una roca inaccesible, pues tú eres mi refugio, mi bastión frente al enemigo. Que yo habite en tu tienda para siempre refugiado al amparo de tus alas" (Sal 61, 1-5).

Sentirnos acogidos hospitalariamente en Dios nos permite descansar, abandonarnos en El y dejar en sus manos la tarea de generar salud y esperanza. Sentirnos a refugio nos permite en la oración descubrir el valor de aprender a ser refugio y hospitalidad para los que están cansados de luchar cada día a pesar de la cronicidad y la incurabilidad de la enfermedad. Orar a un Dios que es refugio nos permite aprender a confiar más allá de nuestras capacidades y nuestra fuerzas en la presencia del espíritu en nosotros y en los demás.

A un Dios espacio abierto donde nacer y morir

Las siguientes palabras de los salmos bien podrían ser las palabras de un enfermo angustiado, que se siente apesadado, oprimido por su propio miedo que a veces es auténtico pánico.

"Respóndeme cuando te invoco, oh Dios, mi salvador, tú que en el aprieto me diste anchura " (Sal 4,2).

"Las olas de la muerte me envolvían, me aterraban torrentes destructores; los lazos del abismo me apresaban, la muerte me tenía entre sus redes. El Señor me sacó a un lugar espacioso, me libró, porque me amaba (Sal 18, 56.20).

El espacio es un símbolo primordial arquetípico que evoca el ámbito vital de la persona y también la acción de extenderse, crecer, desarrollarse, tener horizonte y futuro donde poder crecer y vivir. Para alguien confinado en un espacio estrecho, sea material o psicológico, la salida es la puerta de la libertad. El espanto bloquea el aliento; pero cuando vuelve la serenidad, el angustiado puede finalmente respirar.

En hebreo, "salvar" tiene que ver con "ser espacioso, ser amplio". De hecho tienen la misma raíz. Y lo contrario de salvar es "ser estrecho, oprimir". Salvar puede equivaler a llevar a un lugar espacioso": si alguien está angustiado o asediado y encuentra una abertura, una brecha, experimenta ahí la acción salvadora de Dios.

Experimentar a Dios como un espacio abierto donde morir cambia la vivencia del morir. Morir se convierte en traspasar un umbral, el umbral del dolor y de la limitación, para vivir a mis anchas y volver a correr, a expandirme, a gritar, a reír, a crecer....

Hay un bello texto oriental recogido por Juan Masía⁷ que puede ayudarnos a entender esto:

"Cuenta la fábula que un día aquellas celulitas vieron aterrizar algo así como una nave espacial, que se adhirió a la pared cerca de ellas. Había descendido por las trompas de falopio un óvulo fecundado. Durante meses lo vieron desarrollarse, tomar forma, palpitar y comenzar a flotar, como si estuviera nadando, en aquel espacio. Se encariñaron con la criaturita. Pero, de pronto, se agita todo., un terremoto, convulsiones y contracciones, corrientes de agua ... y aquella criaturita, con la que se habían encariñado, se les escapa por un túnel oscuro. La sujetan para retenerla, pero alguna fuerza parece tirar desde fuera. Al fin se les escapa y se cierra la entrada -¿salida?- de aquel túnel.

Y dice la fábula que aquellas celulitas se quedaron solas y tristes en el interior del útero materno, mientras lloraban la muerte de la criatura desaparecida. Se pusieron a organizar un funeral, pero les molestaban los ruidos que venían del exterior. No sabían que allá fuera se estaba celebrando con júbilo el nacimiento de una nueva vida."

A un Dios crucificado y resucitado que rompe nuestros esquemas

Podemos orar y podemos creer porque Jesús ha muerto y ha resucitado. De lo contrario, vana es nuestra fe, vana es nuestra oración y nuestra esperanza. La vida de cada uno de nosotros estaría abocada a la nada y a la muerte. Pero por la fe en la resurrección, creemos que el mal, el dolor y el sufrimiento no son absolutos: podemos luchar contra ellos sabiendo que Dios está a nuestro lado intentando superarlos ya en los límites de nuestra historia, y asegurándonos el triunfo definitivo de la vida cuando esos límites sean rotos por la muerte.

Como bien se empeña en escribir y decir Andrés Torres Queiruga⁸ además de esto, también y a la vez, debemos afirmar que el Dios de Jesús es un Dios no intervencionista y exquisitamente respetuoso con la autonomía del mundo y de la historia humana. Si mantenemos, de modo acrítico y acaso inconsciente, el viejo presupuesto de que Dios podría, si quisiera, eliminar el mal y el sufrimiento del mundo, estamos suponiendo que si no lo hace, es porque no quiere, difícilmente podríamos seguir llamándole Dios y menos aún Padre o Amor.

El Dios de Jesús, el Dios salvador, es el Dios creador, que crea por amor y que quiere el bien y sólo el bien para sus criaturas. El mal, en todas sus formas, es justamente lo que se opone idénticamente a él y a ellas; existe porque es inevitable, tanto física como moralmente, en las condiciones de un mundo y una libertad finitas. Por eso no debe decirse jamás que Dios mande o permita el dolor o el sufrimiento, sino que lo sufre y lo padece en la cruz de Jesús.

Por eso no tiene sentido que nosotros "pidamos" o intentemos "convencer" a Dios que nos libre de la enfermedad, o de la desesperación que provoca, o de la soledad a los enfermos. El es el primero que quiere a través nuestro luchar contra ellos, El es quien nos llama en la oración, quien nos "suplica" a nosotros que colaboremos con El para que se pueda vivir con sentido la enfermedad y la muerte.

Esta es la imagen de Dios, un Dios que no para de provocar amor, que debemos grabar en nuestro corazón y transmitir a los enfermos y a sus familiares y allegados. No un Dios de omnipotencia arbitraria y abstracta que, pudiendo librarnos del dolor y la enfermedad no nos concede su gracia a todos, sino a unos cuantos privilegiados directamente o a través de mediadores; un Dios solidario con nosotros hasta la sangre de su hijo, un Dios compañero que sufre con nosotros y nos comprende; un Dios que nos ofrece coraje y esperanza para luchar y esperar que aunque sea

⁷ Masía, J. Para ser uno mismo. De la opacidad a la transparencia. DDB, 1999. Colección Serendipity Maior, 130.

⁸ Torres Queiruga, A. Un Dios para hoy; Sal Terrae, 1999,12 -15; coleccion. Aquí y ahora.

derrotada por la muerte, en la carne traspasada por la cruz verá el triunfo de la resurrección.

A ese Dios oramos, a un Dios débil y fuerte a la vez, a un Dios paradójico que no hay que pedir nada porque está continuamente queriendo dar.

3. ¿DESDE DÓNDE ORAMOS?

Desde la propia corporalidad y la propia historia

¿Dónde estás? Dios se pasea a la hora de la brisa por el jardín. Todo es ideal; sin embargo, Dios echa en falta algo. Echa en falta a alguien. Alguien que no se deja ver con su perfecto traje de camuflaje a base de hojas, escondiéndose entre los árboles. Y Dios llama: ¿Dónde estás? Yo he sido tu alfarero. Te hice así, desnudo/a, y así te quiero para que pueda verte en toda tu verdad, para que pueda reconocerte en ti.

A veces sentimos miedo y vergüenza ante Dios y le ponemos delante todas nuestras buenas obras y nuestra proeza y nos escondemos detrás de ellas. Dios nos busca, busca nuestra mirada, nuestra desnudez, su creación y no puede verla, es más no puede hacer llegar hasta ella su amor, su sol, Y pregunta ¿Dónde estás?.

Es necesario colocar lo que soy y vivo ante Dios en la oración. Acostumbrarnos a darnos cuenta dónde estamos, en esta preocupación, en este agobio, en este disgusto, en este deseo o ilusión. Aquí estoy. Soy yo. Soy yo...

Yo estoy... Yo siento... Yo quiero... Soy yo, soy yo... soy mi cuerpo personal y social y mi historia concreta. Por encima de los hechos oficiales mi historia concreta tiene hechos profundos, hechos dolorosos y alegres, amores y desamores, negaciones y revelaciones, experiencias íntimas e intransferibles.

Cuando decido orar y ponerme en contacto con Dios, también en medio de la misión de sanar y salvar, para captar su presencia transformadora en ella, es necesario hacerme consciente de cómo estoy aquí y ahora: cómo está Mi cuerpo, mi mente, mi corazón, mis entrañas...; qué siento, cómo han sido mis relaciones y reacciones, qué queda en mi ahora de mi experiencia de apóstol, de enviado, dónde y cómo está mi esperanza...

Y es que al Amor, unas veces le doy la mano y otras, coces. Es importante detenerme y reconciliarme conmigo mismo desde El, reconstruirme de nuevo como hija/o, como discípula /o.

Desde la propia experiencia, como Jesús

“Por aquel entonces exclamó Jesús: Bendito seas, Padre, Señor de cielo y tierra, porque, si has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, se las has revelado a la gente sencilla; sí, Padre, bendito seas, por haberte parecido eso bien.” (Mt 11, 25-26)

Jesús hace oración a partir de su experiencia, desde la experiencia de Dios se le revela como Dios de los pequeños. Entre las oraciones de Jesús, recogidas por la tradición, una de las más bellas es, sin duda, este grito espontáneo de gozo, admiración y agradecimiento que sale de sus labios.

A través de los acontecimientos históricos de cada día, en concreto de su actividad misionera, de los conflictos que le ha generado con los sabios y prudentes, de su fracaso en los lugares que teóricamente controlan los representantes de Dios (Cafarnaún) ha experimentado la acogida de “los pequeños”. Pequeños son los pobres, hambrientos, afligidos, pecadores, enfermos, los que andan como ovejas sin pastor, los “no invitados” de que nos habla el evangelio. A ellos se les da a conocer la revelación.

Desde esa experiencia Jesús grita a Dios, comparte con él su sorpresa y su alegría, simplemente va a contárselo, sin preparar lo que va a decir y sin esperar nada concreto. Nuestra oración será verdadera relación con Dios cuando, como Jesús nos sintamos necesitados de llamarle por teléfono (el siempre tiene cobertura) para contarle algo sorprendente o de recibir su abrazo misericordioso diciendo no pasa nada porque te hayas equivocado. Entonces nuestra oración será auténtica expresión de que nuestra vida está centrada y organizada desde y en referencia a Dios.

Como agentes de pastoral de la salud muchas veces lo que brota de nuestra historia concreta, de nuestra experiencia profunda es dolor y angustia. Orar desde el dolor no es sólo llamar o gritar a Dios, sino oír, oírle decir que somos, en Cristo, más que nuestro dolor, más grandes que nosotros mismos y que los acontecimientos que nos zarandean y limitan. El Dios de nuestra oración, escondido y presente, nos hace existir como mujeres y hombres creyentes, con la realidad a cuestas y el amor impotente y poderoso acogido y compartido.

4. ¿PARA QUÉ ORAMOS?

Para sabernos y vivirnos libres y vulnerables

La finalidad de todos nosotros es que podamos vivir y realizarnos de acuerdo con lo mejor de nosotros mismos, de modo que nuestra vida merezca la pena. Los orientales definen así la libertad como la "capacidad de vivir de acuerdo con nosotros mismos" (Jiyuu)⁹. Los que estamos aquí creemos que vivir como Jesús, es la mejor manera de que nuestra vida merezca la pena. Es más hemos asumido continuar su misión de sanar, ser sus discípulos y enviados libremente porque creemos que así somos más nosotros/as mismas/os.

Pero todos sabemos que esto no es tan sencillo. A veces no sabemos quién es el sí mismo con el que ponerse de acuerdo porque parece que hay varios "yo" s en nosotros que quieren cosas diferentes. Otras veces sabemos lo que queremos pero no sabemos como conseguirlo y otras a pesar de que deseamos ser el mejor de los que somos, de pronto nos expresamos y actuamos de modo contradictorio.

Sabemos que, como hizo con Israel, Dios acompaña nuestro camino, nuestro intento de ir construyendo vida liberada, zonas liberadas, espacios liberados del dolor y del sufrimiento donde la esperanza mantenga el sentido de la vida y así esta siga mereciendo la pena a pesar de la enfermedad y de la muerte Oramos porque necesitamos contar con su presencia que oriente e ilumine nuestro camino, los pasos a dar, las palabras a decir, las decisiones que tomar.

Nosotros no podemos garantizar que el camino que decidimos seguir en cada momento es el bueno, el que conduce a la liberación. Pero cuando oramos y nos encontramos con Dios sabemos que El afirma nuestros pasos, allana los senderos y vela en nuestros caminos. Nuestra tarea es llevar la lámpara de Dios encendida; eso es orar. El iluminará la senda y mostrará el camino.

"Guíame, luz benéfica, en medio de las tinieblas. La noche es oscura y estoy lejos de casa. Guíame hacia delante y vigila mi camino. ¿Qué me importa ver lejano el horizonte? Un solo paso basta... el paso a dar ahora mismo. Hubo un tiempo en que preferí elegir y conocer por mí mismo mi camino. Ahora, ¡guíame tú!" (C. Newman)

Para aprender a vivir y a morir

Ser histórico significa vivir la fragilidad y la provisionalidad, significa despedirse, decir adiós y morir. Aprender a vivir es aprender a decir adiós, si no dejamos de

⁹ Masía, J Para ser uno mismo. De la opacidad a la transparencia. DDB Colección Serendipity Maior. 97.

caminar y nos paramos, nos instalamos, negándonos a y a experimentar cosas nuevas, dejando de desarrollar nuevas facetas de nosotros. Caminar, avanzar, madurar exige dejar atrás el pasado, aprender a despedirse de él. La muerte es la experiencia del último adiós.

Pero ser histórico no significa obligatoriamente ser caminante. Se puede ser vagabundo en lugar de peregrino. Ser peregrino supone tener punto de partida y punto de llegada. Ser caminante supone que la marcha tiene sentido, que se va a algún sitio, que la vida tiene etapas porque existe una meta que se anhela. Cuando la vida es camino, la historia, cada historia personal y la historia de la humanidad, tienen futuro.

Los que creemos que hemos sido llamados a la vida por el Dios de Jesús, somos caminantes porque anhelamos un futuro en plenitud, para nuestra vida y para la historia humana. Oramos para contactar con nuestro anhelo de plenitud puesto por Dios en nosotros; oramos para que ese anhelo pueda expresarse y mostrar su insatisfacción por habernos estancado. Oramos para asumir en Dios las despedidas que nos exige el ser caminantes y no vagabundos en la vida. Oramos en definitiva para descubrir con Dios que cada final de etapa es la posibilidad de comenzar una nueva etapa, que cada adiós balbuceado o, claramente pronunciado, nos abre a la inseguridad y al riesgo de ser hombres y mujeres libres. Oramos para percibir la compañía de Dios en el camino y su confianza en nosotros dándonos la seguridad básica para vivir aprendiendo a decir adiós.

Oramos para convertir el dolor en un dolor de parto, para dar luz a la vida acosada por el absurdo de la muerte, para ser testimonio del amor de Dios capaz de eternizar lo mejor y más valioso de nuestra vida aunque ésta se acabe con la muerte.

Para ser discípulos y continuadores de la misión de Jesús

Los agentes de pastoral de la salud no somos directamente los responsables de servir eclesialmente a los enfermos a través de su cuidado o su asistencia.. Para ello existen en la Iglesia las distintas instituciones, congregaciones, órdenes y obras eclesiales asistenciales u hospitalarias que encarnan la dimensión diaconal o de servicio de la Iglesia.

Nuestra misión consiste fundamentalmente en ser quienes se encargan de la vida de fe, de la dimensión creyente de los enfermos, de modo que puedan vivir su situación con sentido, formando parte de la comunidad de Jesús y experimentando la compañía de Dios. Es por ello que entre nuestros recursos junto a la relación de ayuda, la presencia compasiva y la aceptación incondicional debemos ser capaces de utilizar la fuerza saludable de la liturgia y la oración.¹⁰

Como discípulos y continuadores de la misión de sanar de Jesús tenemos la tarea de mostrar el valor terapéutico y saludable de la relación profunda y amorosa con Dios. Pero no seremos capaces de mostrar lo que no hemos experimentado. Como bien decía Tony de Mello: Nadie se ha emborrachado nunca reflexionando intelectualmente sobre la palabra vino. Pues lo mismo, nadie ha tenido experiencia salvadora de Dios reflexionando a estudiando sobre la salvación de Dios. Sólo podemos ser testigos y continuadores de Jesús si poseemos la experiencia de haber sido reconstruidos y sanados en nuestra relación personal, en nuestra vida de oración con Dios.

¹⁰ Alvarez, F. Orar como agente de pastoral de la salud. Labor Hospitalaria nº 262, pp.252-253.

5. ¿CÓMO ORAMOS?

Con la cruz y el gozo auestas

Os leo (con alguna adaptación) un texto de Dolores Aleixandre¹¹

"Al salir de un hospital, de visitar a una persona en la que cuesta percibir la dignidad del ser humano, daríamos la razón a César Vallejo cuando escribió la frase "Yo nací un día que Dios estuvo enfermo, grave" porque lo que venimos de ver nos deja los ánimos por los suelos y el corazón lleno de agobio.

Sentimos una especie de opresión en el pecho y una marea negra que nos va invadiendo. Notamos que, de repente, se nos ha esfumado toda la ilusión que teníamos por la merienda con las amigas para celebrar la jubilación de una de ellas

Estabamos bien, serenas y contentas. Pero en este momento ni serenidad, ni plenitud, ni armonía: más bien caos y desconcierto. Se nos descoloca todo, hasta la fe a la que sentimos como un torreón que parecía fuerte pero que ahora está asediado por un ejército de dudas y preguntas y deja ver la debilidad de sus cimientos y las brechas de sus muros. Y casi lo de menos es lo que he visto esta tarde: lo peor es el aluvión de recuerdos, datos e imágenes que se han desencadenado en mi conciencia; como si, al entreabrir mi puerta para dejar entrar a alguien que sufre, estuvieran aprovechando en nosotras no sólo tristes imágenes de geriátricos o psiquiátricos, sino las de esas multitudes heridas y empobrecidas del mundo, todas esas situaciones que prefiero habitualmente relegar a zonas de olvido con el pretexto de que yo no puedo solucionar nada y de que se trata de problemas mundiales que me desbordan.

Y Dios ausente de todo ese dolor (luchó con la tentación de hacerle responsable ...) Y su presencia, tan compañera de mis días, en paradero desconocido cuando más falta me hace. Y todas las explicaciones sobre el mal que leí en el libro que me recomendó un cura amigo y en el que todo estaba clarísimo, absolutamente inservibles. Sólo un peso agobiante del sin sentido de la vida humana, mientras yo estoy con la tortilla hecha para ir a la merienda.

Sin darme cuenta empiezo a orar. Dejo pasar mucho tiempo y poco a poco me sorprende al contactar en mi interior con una sensación de infinito asombro. Porque muy lentamente, me voy dando cuenta de que mi imagen de Dios se me está "deslocalizando". se está retirando de los espacios donde yo lo tenía fijado para emerger, misteriosamente, en ese mundo subhumano que me provoca temor y rechazo, en medio de esas situaciones donde me parecía abolida la esperanza.

Y desde ahí me invita a no huir de los infiernos del sufrimiento cotidiano de la gente, sino a descender con él, que los ha conocido y vencido desde dentro. A no pretender acallar mis preguntas a fuerza de razonamiento evasiones, sino a cargar pacientemente con ellas y a tratar de buscar un nuevo alojamiento para mi fe que no sea la tranquilidad de un optimismo ignorante, sino la inquieta certeza que abre la esperanza. Una esperanza "que nace en medio de la aflicción, esperanza humedecida por las lágrimas y por la sangre, pero no por eso menos real y vital. Dios enfermo, ausente y sordo, y a la vez Dios enfermero, interesado y tierno."¹²

Empiezan a bullirme por dentro cosas que tienen que cambiar en mi vida: valores a jerarquizar (¿compasión por encima de búsqueda de armonía personal?); determinaciones que tomar (¿dónde y con quiénes reemprender mi búsqueda de ese Dios que no se agota en mi interioridad?); lugares nuevos que frecuentar (¿no habrá "infiernos", más cercanos a mí de lo que creía, a los que comenzar a aproximarme?); recursos personales (¿tiempo, saberes, proyectos, entrañas ... ?) que puedan servirle a Dios de "dedos" que hagan llegar esperanza a tantas heridas...

¹¹ Aprender a contactar con Dios; En 14 APRENDIZAJES VITALES; Carlos Alemany (Ed.) DDB Bilbao, 1998; 184-198; Col. Serendipity Maior

¹² Gustavo Gutiérrez, Lenguaje Teológico, plenitud del silencio, Páginas 137 Feb. 1996, 67

Toda yo soy un volcán de inquietud y de interrogantes. Pero, increíblemente, en este momento, y aunque supongo que la decisión es ambigua, siento que tengo que irme con mis amigas a la merienda y disfrutar con toda el alma.

Porque intuyo que este Dios de rostro nuevo que hoy me visita, es también el Dios de la alegría humana y de la fiesta, el del Cantar de los cantares y la danza a la orilla del mar; el de la esplendidez de vino en Caná y el derroche de pan en el desierto. No es sólo el Dios de los límites, es también el Dios aquellos momentos de plenitud en los que a veces experimentamos, como un anticipo de lo definitivo, la dicha prometida a los hijos, cuando el último enemigo vencido sea la muerte y ya no haya llanto, ni luto, ni gemido.

Saliendo de nosotros, como María

Me gustaría casi al final de esta ponencia mirar a María y aprender de ella cómo orar. María ora simplemente asumiendo a Dios y luego contemplando a Jesús y guardando todo lo que ve, oye experimenta en su corazón. Ora simplemente permitiéndose sentir a Dios y permitiéndose contemplar lo que Jesús va haciendo a su alrededor. Simplemente deja que las cosas ocurran y las acoge en su seno y en su corazón. María ya sabemos que era una mujer sencilla y probablemente no muy culta a sí que no se complica mucho la vida, simplemente deja que la vida fluya a través suyo y asume en sí lo que va descubriendo.

Sin embargo me gustaría hoy que nos fijáramos en el texto de la visitación, uno de los pocos textos en que aparece María haciendo algo por ella misma y además algo inusual.

Unos días después María se puso encamino y fue a toda prisa a la sierra, a un pueblo de Judea; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. En cuanto oyó Isabel el saludo de María, la criatura dio un salto en su vientre. Llena de Espíritu Santo, dijo Isabel a voz en grito:

- ¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor? En cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. Y ¡dichosa tú, que has creído! Porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá. (Lc 1, 39-45)

María se olvida de sí misma y acude con presteza en ayuda de su pariente. Uno de los rasgos más característicos de la fe en Dios es saber acudir junto a quien puede estar necesitando nuestra presencia. Ése es el primer gesto de María después de acoger con fe la misión de ser madre del Salvador. Ponerse en camino y marchar aprisa junto a otra mujer que necesita en estos momentos su cercanía.

Acompañar a vivir exige a María ponerse en camino. Salir de sí misma, de su Propia relación con Dios, con el Dios que le habita, de su propia experiencia de oración intimista, y llevar su experiencia de buena noticia a quien lo necesita. Los agentes de pastoral de la salud somos llamados como María a salir de nosotros mismos, incluso en nuestra oración y poner la vida de los enfermos ante Dios y bajo su amor. Mirar a María poniéndose en marcha nos puede ayudar a sentir la llamada de orar por otros e incluso de orar en su nombre, siendo nosotros sus representantes, sus sustitutos en la relación con ellos cuando ellos no pueden abrirse a Otro Tu distinto de su propio dolor y desesperación.

Orar con ellos, por ellos y en su nombre¹³

Como he dicho varias veces nuestro ministerio, nuestra misión consiste fundamentalmente en acompañar a otros en la enfermedad de modo que en ella

¹³ Constituciones de la Congregación de las HH del Sgdo Corazón de Jesús. Madrid, 1983, nº 64

puedan percibir la presencia amorosa de Dios que da sentido a su vida en esa situación,

Acompañar en la enfermedad supone sanar la soledad comunicada en que a veces la enfermedad sitúa a las personas. Acompañar orando, orar con, significa ofrecer, despertar en el enfermo o en sus familiares recursos para que ore.¹⁴ Los recursos indudablemente serán aquellos que son válidos para ese enfermo concreto según su cultura y tipología religiosa pero deberían posibilitar que el enfermo descubra que es más que su dolor y su enfermedad y que en su misma sufrimiento se revela su deseo de ser de algún modo trascendente, infinito.

Orar con el enfermo pretende que éste se mire a si mismo con los ojos misericordiosos con que Dios le mira Y descubrir juntos su Presencia a lo largo de su vida para luego poner en El su confianza de modo que en su situación pueda seguir viviendo desde su fe en Dios y de algún modo continuar siendo su discípulo. Como dijo José Luis Martín Descalzo lo que Dios nos puede dar en la oración "es la posibilidad de que el dolor sea fructífero. Empezó haciéndolo él personalmente en la cruz, creando esa misteriosa fraternidad que sostiene el universo".¹⁵

La Oración con el enfermo se convierte muchas veces en orar por él e incluso orar en su nombre cuando el dolor y el sufrimiento han anulado su capacidad y su voluntad como para poder levantar su mirada al cielo y esperar a recibir el consuelo, la compañía y la seguridad de Dios. Este es el origen genuino de la oración con los salmos que se hace en la liturgia de las horas especialmente en los monasterios de vida contemplativa. Oramos metiéndonos en los zapatos y la piel del otro, compartiendo sus sentimientos y colocándolos bajo el sol amoroso de Dios esperando que su calor disuelva la dureza de las barreras que le impiden superar el muro del dolor y ver el horizonte que está un poco más alto.

6. EPILOGO: ORAR COMO AGENTE DE PASTORAL ES VIVIR DESDE ARÁNZAZU

Aranzazu es uno de los lugares que revela la posibilidad de complementar la acción de Dios. Allí la creación, la naturaleza es el cobijo y la inspiración para la creación de las personas. Además, quizá por lo anterior, Aranzazu es sin duda uno de los lugares más teofánicos, es decir uno de los lugares donde mejor se puede captar la presencia de Dios desde la experiencia simplemente de estar, de permanecer allí, formando parte del lugar. Quiero agradecer aquí a Juan Ignacio Larrea, franciscano, el haberme prestado sus ojos para mirar Aranzazu, y descubrir allí que la grandeza, el amor y la plenitud de Dios se captan desde el abismo, desde el dolor, desde las heridas, desde el sufrimiento, desde la cruz.

A Aranzazu, los agentes de pastoral de la salud, podemos llegar como apóstoles, cada uno desde su propia realidad -unos desesperados, otros anhelando plenitud, otros acogedores, otros incapaces de soportar el estar sin hacer nada alado del que sufre-, pero vacíos - más bien llenos de nada como están los apóstoles de Oteiza, porque la experiencia del sufrimiento de otros, que es el nuestro, ha acabado con todo lo superfluo e inútil de nuestra vida.

A Aranzazu se llega y siempre se ha llegado, dicen los franciscanos, bajando. Comenzamos a bajar a lo profundo de nosotros, a lo más verdad de nosotros mismos. Bajar con cuidado (con aquellas escaleras no queda otro remedio), sin fijarnos en otras cosas para evitar caernos, herirnos e incluso matarnos. Al bajar contemplar e

¹⁴ Martín Velasco J de Dios. La oración de petición en la enfermedad. Labor Hospitalaria, nº 262, 199-200

¹⁵ Martín Descalzo, J.L. Razones, Salamanca 2001, 478

identificarnos con "la Piedad" que se subleva ante Dios gritando de dolor sobre su hijo muerto, preguntando al cielo ¿por qué?

Cuando bajamos, aunque bajemos deseando encontrarnos con La luz, lo primero que nos topamos es con puertas de hierro, con las propias dificultades, heridas, pecados, que nos impiden entrar en el espacio abierto, en el seno materno, en la tienda de refugio que es Dios. Sin embargo, ante la dificultad, poco a poco, a través de las celosías de las puertas de madera, comenzamos a intuir que dentro hay luz, que hay alguien que guía el camino,

Aranzazu es bajar, superar las dificultades y entrar en el mundo de Dios para descubrir una verdad pequeña, muy pequeña en medio del gran retablo de la vida y la historia; una verdad que sin embargo tiene luz propia, que es mi verdadero yo, mi nueva humanidad.

Una verdad, desde la que poder alcanzar altura y plenitud; una verdad que me invita a mirar hacia arriba, a elevarme hacia la luz, a dejarme inundar por la luz y salir hacia el cielo, hacia los otros iluminando su sufrimiento.

Conferencia pronunciada en la Asamblea de Agentes de Pastoral de la Salud,
celebrada en Bilbao el 22 de abril de 2002